

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

MERCADO COMUN, SENTIDO COMUN

LA TRAMPA SADUCEA

EN reciente comisión de las Cortes se ha contestado acerca de un centenar y medio de preguntas, hechas por diversos procuradores. Uno de los temas que centraba la atención era el de saber si las asociaciones políticas pensaban o no desarrollarse en el futuro, como parecen preverlo algunos apartados de las Leyes Fundamentales. El interlocutor en cuestión replicó que la pregunta de si habría asociaciones o no, era simplemente una trampa. Y precisamente una trampa saducea destinada a hacerle caer en el garlito, como las que formulaban a Cristo sus enemigos. Con esto, que es de una claridad meridiana, quedó despachado el punto debatido. Después se dedicó a los partidos políticos inexistentes un tremendo ataque dialéctico. Ellos, y no otros, son los responsables de absolutamente todos los males que aquejaron en su día a la sociedad española hasta llevarla al enfrentamiento del 36. ¡Qué feliz chivo emisario, éste de los partidos! A su cuenta se cargan todas las responsabilidades para que los demás estamentos y clases sociales se sientan liberados y satisfechos. Por lo visto nadie, ni a la derecha, ni a la izquierda; ni entre los ricos, ni entre los pobres; de la Iglesia o de la intelectualidad; terratenientes o empresarios o trabajadores tuvieron la menor responsabilidad en llevar al país a la peor de las salidas: la guerra civil. Todo fue por los partidos. Los problemas irresueltos que dejó la Monarquía y que agravó, sin solucionar, la República, no fueron sino anécdotas. El partidismo era el culpable. Eliminada aquélla, y convertido en monpartidismo, desaparecieron cuestiones, tensiones, fricciones y divisiones. El país es unánime, monocróico, dogmático, unitario y total. Nadie discrepa, nadie disiente, nadie critica, nadie opina. Ni siquiera los saduceos o los fariseos. Lo único que no queda claro es por qué, siendo tal el clima de identificación, han de reunirse los cien miembros del Consejo, a puerta cerrada, para deliberar.

Más impresionante ha sido la respuesta que se ha dado para calmar las inquietudes de algunos procuradores sobre el tema de nuestra relaciones con Europa. Aquí, no hubo equívocos. «No existen —se nos dice— obstáculos jurídicos, ni condicionamientos políticos de ninguna clase para la entrada de España en la Comunidad». Se trata, por lo visto, solamente de caprichos de humor de unos pequeños partidos —¡siempre los partidos!—: uno danés y otro holandés, a los que no les cae bien el ingreso de España en la sociedad de los Nueve. Eso sí, la actitud de esos dos grupúsculos de Dinamarca y de los Países Bajos es perfectamente antidemocrática, pues, como es sabido, son democráticos los regímenes que respetan el sistema interno que libremente se haya dado otro país, y totalitarios aquéllos que tratan de imponer el suyo al prójimo. Y el honor y la dignidad de España no tolerarán que los campesinos de Frisia o los lecheros

del Zuiderzee modifiquen nuestro monolítico edificio con sus artimañas y exigencias. ¿Para quién se habla así? ¿Para los procuradores? ¿Para el país? El lector español de periódicos, menos avisado, ha leído hace poco la declaración conjunta de los Nueve en París con su rotundo preámbulo; las declaraciones de Scheel, canciller alemán; las del presidente Pompidou; las de Sicco Mansholt; las de Altiero Spinelli; las de tantos y tantos políticos y tecnócratas; jefes de partido, diputados y personalidades de diversos matices de los Nueve países sobre el tema. Hay rotunda unanimidad de opiniones: en las condiciones actuales no es posible iniciar la negociación política. Ninguno de los Nueve países y gobiernos la admitiría. Hace falta que se reformen las estructuras de nuestra vida política. Entonces, una vez homologadas con el resto de los países comunitarios, habría una base común para abrir el diálogo con vistas a la integración gradual de España a la C.E.E.

Nadie piensa entre los Nueve países en imponer condiciones o modificar desde fuera las instituciones españolas. Es ello un concepto rural del honor y de la dignidad nacionales como las del «Juan José», de Dicenta. Existe un Tratado de Roma y una Comunidad en funcionamiento. Nueve países integrados en ella y una construcción política de Europa en marcha. Nadie nos obliga a incorporarnos a todo eso. Nadie nos amenaza para que entremos. Hay unas conveniencias y unos intereses nacionales que es preciso medir y calibrar. Si de su estimación resulta que es beneficioso, y quizás necesario, y aun indispensable, que España no esté ausente de la construcción europea, ni en lo económico, ni en lo político, habrá que tomar las medidas para que esa negociación se inicie y cumplir los requisitos que la Comunidad solicita de los aspirantes.

La Comunidad es una asociación de países pactada y regida por sus integrantes. No es un condominio de todos los países continentales, ni pertenece su orientación al que quiera darsela desde fuera, sino a las naciones-miembros. A ellas les interesó desde el comienzo del largo proceso, en 1957, dar un contenido democrático, liberal y social a la Comunidad de Europa, núcleo de la futura integración. Y no por capricho de un partido, de un grupo, o de una clase social, sino porque, entre otros, existía el objetivo bien claro de consolidar en el Viejo mundo las instituciones democráticas, basadas en el sufragio, en el parlamento libremente elegido, en las libertades civiles fuertemente garantizadas y en la alternativa de poder con turno legal abierto. Conjunto de principios que habían sido hollados por el nacional-socialismo y el fascismo, primero, y por el comunismo después, en aquellos países sometidos a su yugo. Si nos interesa participar en la Comunidad habremos de

aceptar sus reglas de juego. Si no queremos entrar en ella habrá que decirlo públicamente. Lo que resulta pueril y cómico es hacer de enano de la venta con una entidad a la que le tiene perfectamente sin cuidado que entremos o no en su seno. Y aun me parece que maliciosamente se frota las manos de gusto si no lo hicieramos, por el cúmulo de ventajas comerciales que nuestra ausencia les reportaría a más de uno de los Nueve países.

Para saber si a los intereses nacionales les es o no conveniente la integración gradual con Europa, sería razonable abrir un gran debate nacional en el que se ventilasen libremente el pro y el contra. Dejar que el país se manifestara. Y luego, conocido el fallo, proceder en consecuencia. El tema es demasiado importante para afrontarlo con simples habilidades «emán-ticas».

Una negociación política con la C.E.E. requiere ante todo una línea de credibilidad democrática en quienes protagonicen el empeño. Hasta ahora, hay pocos síntomas de ello, y la reciente sesión de las Cortes a que aludimos refuerza este aserto escéptico. El clima y la tendencia predominantes, no son precisamente de apertura y de libertades, sino más bien de sentido opuesto. El «cierre» no es un «vocablo genial», ni creemos que produzca entre los bastidores de la Europa comunitaria entusiasmos indescriptibles. Tampoco vemos por qué una España numantina, cerrada a cal y canto sobre sí misma, sea la imagen simbólica del honor y de la dignidad nacionales. La grandeza histórica de España se logró por la universalidad de su espíritu, de su lengua y de su cultura. No por los cerrojos y candados de sus inquisidores.

Lo triste del caso es que con la simple interpretación, desarrollo y perfeccionamiento de la ordenación institucional vigente se lograría dar un decisivo paso hacia la homologación de las estructuras políticas españolas con el resto de los Nueve países. Pero, naturalmente, con el honesto y sincero propósito de llevar a cabo una reforma nacional evolutiva y legal que tienda a dotar al país, gradualmente, de una vida pública con más sustancia democrática y libertades reales.

No sabemos si formular esta afirmación es caer en una trampa saducea. Lo que sí pensamos es que las alusiones bíblicas no son el mejor camino para responder a una gran masa española de empresarios, profesionales y trabajadores que vive de realidades, muchas veces difíciles y que no quiere perder el autobús de Europa cuando pase por la puerta de nuestra casa. Y es que el problema no es tan sólo de Mercado Común, sino de sentido común.

José María de AREILZA

NACIONALES E INTERNACIONALES

CONFLICTOS DE LEALTADES

CASI nadie habla del tema, pero el caso de Ezra Pound —ahora, con las necrologías— ayuda a volver a ponerlo sobre el tapete. Ya se sabe lo que ocurrió: durante la última Guerra Mundial, Pound, uno de los más conspicuos poetas norteamericanos del momento, se dedicó a hacer propaganda para el Eje desde las emisoras italianas. Sus argumentos y su prestigio, y su voz, proyectados sobre un posible auditorio de lengua inglesa, trataban de provocar la «traición» de sus paisanos —minarles la moral combativa, invitarles a desertar o a deponer las armas—, y la actitud misma del escritor venía a ser, en términos de códigos y de convicción generalizada, la primera de las «traiciones». Una vez consumada la victoria de los aliados, los tribunales pertinentes tuvieron que plantearse el asunto de la sanción. Se intentó atenuar su «gravidad», desde luego. Si en lugar de ser un literato de campanillas, Pound hubiese sido un subalterno de la pluma o del micrófono, habría ido a parar al paredón o a un penal oprobioso: por mucho menos de lo que él hizo sufrieron tales castigos miles de ciudadanos subalternos. A Pound le metieron, provisionalmente, en un manicomio. Luego, le dejaron volver a Italia: «Italia, su ventura...». Allí acaba de morir, sin mucha pena ni demasiada gloria.

La anécdota de Ezra Pound es lo de menos. Este distinguido individuo padecía las típicas alucinaciones mesocráticas frente al Gran Capital, que tanto contribuyeron a alimentar la expansión de los Fascismos: él clamaba contra la Usura y, por descontado, echaba todas las culpas al Eterno Judio. Son cosas que pasan. Estupideces de este calibre —es decir, tomar el rábano por las hojas— han cubierto de sangre la vida cotidiana del vecindario europeo o europeizado del siglo XX. ¿Hará falta recordar a Céline? Céline fue un francés hosco, de prodigiosa facundia verbal, que tradujo en literatura las peores miserias —y las más dolorosas ce- gueras— de su clase... Pero, repito, eso es lo

de menos. La situación que Pound y Céline encarnan en su peripecia definitivamente incruenta quedaba multiplicada hasta cifras considerables. La ocasión del 39-45 fue enérgicamente propicia a facilitar la puntualización del fenómeno. Quisling y Pétain, los «colaboracionistas» de toda índole, en su gama de angustiosos casuismo, forman parte del problema. Técnicamente, los «traidores» han abundado de manera escandalosa en los tiempos recientes: «traidores a la patria».

Y éste es el «tema» a que aludía al principio. El de un curioso conflicto de «lealtades»: la «lealtad a la patria» y la «lealtad a los principios». Por «patria» ha de entenderse el Estado a que uno pertenece por fijación administrativa; los «principios» serían las ideas y las esperanzas que uno llegue a tener, en cuanto a la política. Este enfrentamiento de lealtades no es nuevo. Ha existido siempre: Sócrates y Jesús fueron víctimas eminentes del drama. Haría falta un espacio y un tiempo de que no dispongo para resumir —incluso precipitadamente— la trayectoria de dichas oposiciones morales y de acción, según las épocas y las circunstancias locales. De todos modos, la colisión de «lealtades» se acentúa, y toma un giro escandaloso, a partir del instante en que el Poder —centro de «fidelidad»— se institucionaliza en Estado a la moderna. Los manuales de «Historia de España», por ejemplo, nos colocan ante el hecho significativo de los «afrancesados». Cuando Napoleón resolvió meterse en la Península Ibérica, hubo una serie de indígenas que vieron en ello una eventualidad de que su país se beneficiase del cambio de dinastía, para renovar el tinglado público. No eran «antiespañoles», aquellos señores. Jovellanos, Goya, fueron recusados como «afrancesados». ¿«Antiespañoles»? Simplemente, se negaban a aceptar que «España» era la España de Godoy o de Fernando VII, o de la algarada parlamentaria de Cádiz. El incidente resulta tremendamente con-

fuso, a pesar de los análisis de los historiadores...

Pero los «afrancesados» eran unos patriotas de tomo y lomo. Como lo era Pétain. Pétain fue un de Gaulle rural y con mala suerte. ¿Y qué decir de Charles Maurras? La calidad nacionalista de «francés» llevada a un extremo rabioso, Maurras la representa. Y Maurras acabó colaborando con los alemanes... Lo que da un tono vidrioso, espeluznante, a la anécdota, es que anda de por medio un «enemigo» internacional. Maurras fue un germanófilo radical, y nunca dejó de serlo: si claudicó ante los alemanes, no era en tanto que «alemanes», sino en tanto que «nazis». Apuremoslo más: en tanto que «antiliberales». ¿Era Pound «antiamericano»? No. De serlo, sus charlas en la radio italiana, dirigidas a sus paisanos, habrían carecido de eficacia. Pound no estaba en contra de su «patria», sino en contra del amasijo rooseveltiano de la Plutocracia y la Democracia, que le repugnaba y que consideraba fatal para su pueblo. Víctima de una indigestión de «italianismo» de pacotilla, creyó que Mussolini era una especie de Medicina recificada, y él, todo un Savonarola de «poesía de vanguardia» con posibilidades de éxito... Se ofuscó.

Pero a lo que íbamos: dos «lealtades» aparentemente razonables se descubrieron antagónicas. Frente a la lealtad al Estado —a la «patria» oficial—, se levantaba la lealtad a unos u otros «principios». Hasta aquí he citado casos de «derechas». Las derechas tienen fama de «nacionalistas», y las izquierdas insisten en su vocación por el «internacionalismo». Me temo que el internacionalismo es común: o sea, que no son menos «internacionalistas» los uno que los otros. Los perseguidores de afrancesados, en la España fernandina, no tuvieron ningún escrúpulo «patriótico» en hacerse invadir por los Cien Mil Hijos de San Luis, y me temo que las tropas del Pacto de Varsovia han respondido a convocatorias similares: la lealtad a la «patria»,

en estos puntos extremos, se muestra como es, o lo que es. El Estado que recaba fidelidad —sea de derechas o de izquierdas— tropieza con la suspicacia o con la rebelión de sus súbditos, que ya no ven en él sino una coagulación de intereses muy concretos. No importa si son de derechas o de izquierdas. El caso es que la exigencia de «lealtad» en nombre de «Francia» pudo ser capciosamente —y lógicamente— negada por Maurras, el ultrafrancés intonso... La otra vertiente de la cosa es que un «patriotismo» maquinal puede cohibir el instinto «internacionalista»: en la I Guerra Mundial, los partidos socialistas de ambos bandos —el alemán, el francés, etcétera— pusieron su ánimo y su adhesión a las banderas de la Patronal...

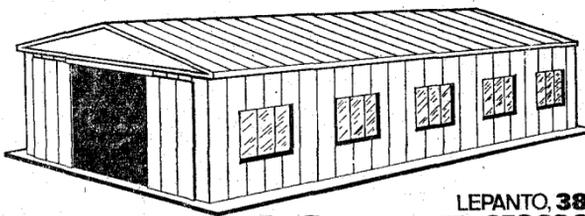
Ezra Pound (fue un «traidor»? ¿A quién «traicionó»? ¿A su «patria» o a la Administración Roosevelt? ¿Y los «colaboracionistas» franceses, belgas, noruegos? ¿Renegaban de su «patria» o de quién?... Espero que se me entienda, y que nadie crea que estoy «justificando» a Pound o a Maurras. Me limito a subrayar unos acontecimientos espectaculares cuyo alcance —me parece— no ha sido debidamente sopesado. O sí: lo ha sido, pero desde un enfoque abstracto y no siempre limpio. Detrás de cada «nacionalismo» hay un «internacionalismo» —o una «Internacional»— aplicada y ágil. Será de un color o de otro, y su capacidad de dictaminar «traiciones» depende de si gana o no su guerra... Bien mirado, Drieu La Rochelle o Brasillach fueron los Malraux que perdieron la partida... No pierden ni ganan las «patrias», sino las «internacionales»... Las imágenes televisivas que informaban del entierro de Pound en góndola, por los canales de una Venecia de tarjeta postal, daban pie a reflexiones estimulantes... Reconozco que no me han tentado a releer los poemas del difunto...

Joan FUSTER

naves metálicas prefabricadas



ENTREGA INMEDIATA



LEPANTO, 388
TEL. 256 06 02
BARCELONA - 13

COLL-VALL

LIBRERIA HERDER



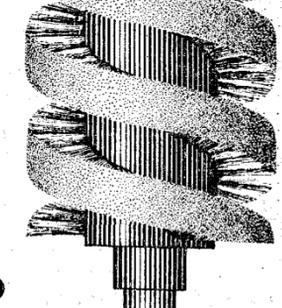
SERVICIO INTERNACIONAL

REVISTAS ESPECIALIZADAS

SECCION CIENTIFICO TECNICA

FILOLOGIA - SICOLOGIA

Balmes, 26 - Tel. 40 22 14 0 80 - BARCELONA



cepillos cilíndricos

CEPILLERIA TECNICA INDUSTRIAL

nosas sa

Calle Lluil, 238
Telf. 309 23 94
Barcelona - 5